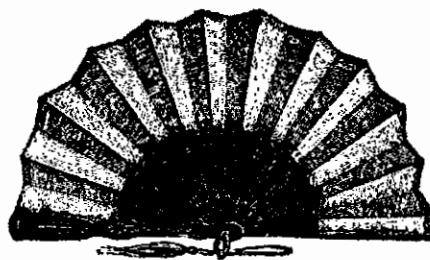


CATALOGADO

WASHINGTON BRUÑO  
RAFAEL LAGUARDIA  
ANGEL RAMA



UNA  
POLITICA  
CULTURAL  
AUTONOMA

A partir de la segunda guerra mundial toda el área latinoamericana, y ya no un sector de su zona Norte que conocía el fenómeno desde fines del siglo XIX, ha venido presenciando la agudización de la influencia cultural norteamericana como un aspecto derivado y a la vez complementario, de su expansionismo económico, político y militar, que encontraba en la región latinoamericana inmediatamente vecina elementos propicios a su intervención

Con una fuerza de penetración no igualada en el período anterior donde se combinaron diversas influencias europeas y, ocasionalmente, se contrarrestaron (en particular Francia e Inglaterra, lateralmente Alemania y los países nórdicos, actuando sobre los elementos tradicionales de la influencia cultural hispana e italiana) y auxiliada por los eficacísimos medios que ofrece la moderna revolución tecnológica, esa intervención cultural, ya en su aspecto voluntario y planificado por los centros del poder norteamericano, ya como efecto secundario del expansionismo industrial y comercial de sus grandes consorcios y aglomeraciones económicas, acarrea los que entendemos como perjuicios notorios para el desarrollo cultural de Latinoamérica, tanto a corto como sobre todo a largo plazo, que contrarrestan los beneficios derivados del alto nivel técnico y científico de la civilización norteamericana

Estos últimos, similares a los que se derivaron de la acción de los imperios europeos desde la segunda mitad del siglo XIX, importan un cierto tipo de modernización que algunos antropólogos han adjetivado como "refleja" pero que, como históricamente quedó probado, no colocan y aún obstaculizan a los países latinoamericanos en la vía de un auténtico progreso, siendo a la vez pagada a un altísimo precio. El conocimiento de nuevo instrumental y nuevas técnicas de salud pública e ingeniería, las grabaciones de la mejor música universal, la información que prestan los medios cinematográficos, son obviamente beneficiosos, pero simultáneamente crean un sistema de exclusivo consumo. Entrañan una dependencia mimética para los centros en que tales aportes han sido inventados y provocan un desarrollo irregular que puede llegar hasta la deformación monstruosa de la economía latinoamericana, de los campos de investigación, de la información y de las manifestaciones del arte

En la lista de los perjuicios notorios de la intervención cultural debe contarse, sin ánimo de enumeración taxativa, los siguientes progresiva destrucción de las culturas nacionales y regionales que se han ido elaborando a lo largo de siglos atendiendo a las condiciones propias de las sociedades latinoamericanas, pero sin alcanzar la suficiente fortaleza como para oponerse a la intervención o para absorber, utilizándolas en provecho propio, las aportaciones extranjeras al tiempo de rechazar los efectos perniciosos derivados de su intento de dominación excluyente; el adoctrinamiento de los sectores juveniles y de los sectores marginados de las sociedades latinoamericanas, los cuales tienden a incorporarse a la cultura a través de esa influencia, desertando del pasado común —lo que eventualmente podría comprenderse y aún justificarse parcialmente— pero sobre todo desertando de las aspiraciones de futuro de las comunidades culturales a las que pertenecen; la remodelación de nuestras sociedades según los valores, principios y sistemas organizativos del modelo norteamericano, de conformidad con proyectos que han sido explícitamente norteamericano, de conformidad con proyectos que han sido explícitamente teorizados por algunos de sus pensadores. No sólo tiende a la asimilación partiendo de la aplicación del sistema social que responde a su infraestructura económica, sino que también pretende consolidarlo con la supeditación de

nuestros países al nuevo centro imperial de la época, intentando postularse como la Nueva Roma de nuestro tiempo y de nuestra geografía cultural

Esta intervención distorsiona la evolución de las culturas latinoamericanas, aún en el caso de proporcionarles elementos renovadores, por cuanto dificulta su progreso económico y ciega el camino hacia la creación de las peculiares y originales formas de una civilización superior. Escamotea o enmascara los mecanismos internos por los cuales se accede a ella, ofreciéndonos en cambio una visión errónea de los procesos creativos del mundo. Entendemos que las grandes culturas no fueron nunca consecuencia de la mera imitación de otras anteriores; aunque apelando a sus aportaciones, fueron hijas del ingente esfuerzo interno para poner un sello propio en la historia humana, utilizando todos los recursos a su alcance al servicio de un proyecto civilizador que interpretaba las condiciones específicas y los intereses de la comunidad gestora.

Aunque etnológicamente diversos, aunque diversificados también en sus orientaciones políticas y en su diferente etapa evolutiva, no cabe duda que las repúblicas latinoamericanas tienen un acervo cultural común que viene de sus lenguas madres, de haber recibido, por condicionantes históricas, las mismas influencias culturales, de haber afrontado un destino histórico similar y en muchos casos idéntico. Aunque recién en vías de afirmarse y de expresarse con auténtica originalidad al inicio del siglo, no cabe duda que, dentro de modalidades regionales a veces perfectamente reconocibles, existe una unidad cultural latinoamericana a la que agrega un perfil no desdeñable, como caracterización, las circunstancias históricas comunes que vive, entre ellas la influencia a que la somete la presencia cultural norteamericana.

En las dos últimas décadas se han hecho más visibles algunos rasgos rectores del intervencionismo norteamericano que importa deslindar en el nivel moderno en que se producen:

1.—Estados Unidos intenta absorber a Latinoamérica dentro de su estructura cultural, como consecuencia fatal de su agresivo proceso expansionista, confiriéndole un puesto auxiliar y meramente complementario —colonial por lo tanto— de las necesidades de la civilización norteamericana, cuando no el de mero consumidor de formas culturales inferiores, productos de la llamada “industria cultural” como las seriales televisivas, las revistas de historietas, el cine adocenado.

El intento de absorción puede registrarse en un desplegado abanico de conductas que van de la utilización en beneficio propio de los recursos naturales del área latinoamericana al empleo con igual fin de sus recursos intelectuales: contratación de profesores y técnicos, subvención a laboratorios y centros de investigación para que trabajen en planes útiles a la metrópoli, financiamiento de una cultura aparentemente independiente y aún latinoamericanista pero enfeudada al régimen de dependencia a través del vínculo económico con los consorcios, cuando no directamente puesta a las órdenes de la CIA.

2.—Cuando este proceso le exige a Estados Unidos el establecimiento de niveles técnicos y culturales más altos que los existentes, lo que ocurre con frecuencia y es una consecuencia secundaria de la intervención económica y de la necesidad de cuadros para ambiciosas empresas internacionales, esos niveles quedan fijados en los planos operativos e instrumentales de la cultura

que al mismo tiempo son presentados como la única posibilidad realista de las sociedades latinoamericanas. Esos niveles medios, característicos de la función de auxiliares y operadores, sustituyen el esfuerzo por un desarrollo de las ciencias básicas y en general de toda cultura raigal.

3—Bajo la cobertura del nuevo ecumenismo exigido por el avance de la tecnología presente —cuyos beneficios mal podrían entenderse al servicio exclusivo de los intereses de una sola nación poderosa— procede a una sistemática tarea de desnacionalización, afectando el cuerpo ideológico que ha ido generando el principismo latinoamericano a lo largo de decenios en el sentido de un ideal autonómico, transformador y progresivo de sus sociedades. Ese ideal es reemplazado, ya por las remanencias folklóricas y tradicionalistas que corresponden a un pensamiento conservador vuelto añorante hacia un pasado idealizado, ya por la imagen edulcorada de una sociedad opulenta de consumidores a la que imitar aún sin tener posibilidades reales para crearla.

4—Este fenómeno de mostración tiene una incidencia doblemente perjudicial porque al mismo tiempo que conquista un pequeño sector de las sociedades latinoamericanas para integrarlas al sistema imperial y conferirle algunos de los beneficios de la civilización norteamericana, oprime y perjudica a los más, escamoteando los verdaderos, sacrificados y eficaces caminos que permitirían la transformación de todo el cuerpo social para alcanzar niveles altos de educación, higiene, confort, cultura. Apuntando a un determinado finalismo de la sociedad, simultáneamente enturbia las vías auténticas para llegar a él y proponen las aparentemente más fáciles y dañinas: la mímica integración.

5—Vulnera el principio de la identidad nacional o regional a saber, la capacidad del hombre para reconocerse a sí mismo como integrante de una comunidad dueña de un pasado, de una problemática y de una voluntad de futuro. Lo consigue mediante la acción tenaz y constante de los medios de comunicación de masas —dependientes de los consorcios económicos o de los centros del poder político y militar— los cuales trasladan a nuestras sociedades los ideales e intereses de la civilización norteamericana así como una visión parcializada y voluntariamente distorsionada de la historia y del mundo presente, acorde con esos intereses. La lucha contra el indígena, presentado como un desclasado e insocial a los ojos de los latinoamericanos mestizados por el aporte indígena; la visión dicotómica del mundo presente donde el norteamericano es el "bueno" y los restantes pueblos —eslavos, asiáticos, etc— integran masivamente el "mal", salvo los pocos que entran a su dependencia; los grandes sucesos —guerras, revoluciones—, deformados según una perspectiva unívoca que vulnera los elementales principios de objetividad histórica. Son estos algunos ejemplos de la distorsión con que los medios de comunicación de masas operan en el área latinoamericana.

Esta situación plantea un desafío a la vida intelectual latinoamericana, y en particular a los centros universitarios que muchas veces fueron conductores del desarrollo científico y el progreso cultural. Impone la adopción de una política coherente, tanto en el campo nacional como en el regional o latinoamericano, que tienda al fortalecimiento del desarrollo autónomo de la cultura de nuestra América, propiciando los instrumentos que lo aceleren.

Tal autonomía no puede entenderse como un sistema independiente y escindido de la comunidad cultural universal, dado que ni la actual estructura interdependiente del mundo en los complejos niveles de especialización, ni los

recursos con que cuenta Latinoamérica, tolerarían tal orientación autárquica. A la larga sería suicida y en el corto plazo inviable.

Por autonomía entendemos, en primer y urgente término, la obtención de los niveles de desarrollo científico, literario y artístico que corresponden a los países más desarrollados del planeta y que permitirán colocar a la cultura latinoamericana en un plano de equivalencia y competencia con los aportes civilizadores norteamericano, soviético, europeo; en segundo e igualmente urgente término, entendemos por autonomía la utilización de esos recursos intelectuales al servicio de las sociedades latinoamericanas atendiendo a sus intereses nacionales y a los que corresponden a una concepción democrática e igualitaria del cuerpo social, para impedir su expropiación por grupos, sectores o clases; en tercer término entendemos por autonomía la búsqueda, cuyos frutos serán de futuro pero que ya en el presente deben apuntarse, de la originalidad creativa de América Latina, recogiendo las contribuciones de su pasado cultural mestizo, las coyunturas específicas del medio y la situación, y obviamente las líneas rectoras de su pensamiento, esas que generaron su independencia política y su más alta ambición de soberanía, esas que determinaron la construcción de sus sociedades.

No ignoramos que la autonomía cultural, así entendida, está condicionada por la autonomía económica, política y social, de la cual es una parte y la expresión dignificante de su legado espiritual. Mal podría alcanzarse un nivel satisfactorio de desarrollo de la ciencia y la técnica, un plano educativo eficaz a ese fin, si las sociedades latinoamericanas no cumplieran el ingente esfuerzo de avance político-social y acometieran la utilización planificada de sus múltiples recursos naturales para ponerlos a disposición de todos los ciudadanos. Tampoco ignoramos que en la época signada por la acción de grandes imperios, en especial para nuestra área, los Estados Unidos, no se podrá alcanzar el estado propicio para la instancia del verdadero desarrollo sin la implantación de un gran sistema defensivo y proteccionista de nuestras comarcas que cierre el camino a la manipulación que sufrimos y que sea simultáneo con el esfuerzo de sus ciudadanos para superar las insuficiencias generales que define la alta proporción de miseria y analfabetismo de nuestro continente.

En el estado actual del problema la participación de los hombres de ciencia y de letras en el proceso autonómico debe contar entre las primeras prioridades. Una de las claves del progreso hacia una auténtica soberanía está en la intensa educación del cuerpo social, en la obtención a escala nacional de todos los recursos intelectuales posibles, en la nutrida formación de técnicos y especialistas, en la gestión creativa de artes y letras, en la invención de ideologías que la expresen y promuevan la concurrencia masiva en la empresa. Así lo muestran, para usar ejemplos de la propia comarca, los planes educativos que a su asentamiento puso en marcha la Revolución Mexicana, los que intentó el movimiento nacional en el Brasil, luego frustrados, los que con éxito viene cumpliendo Cuba. En todos esos casos, junto con la tarea magna de difusión y educación popular, se debió encarar la incentivación de las ciencias básicas, la formación de equipos altamente dotados en la investigación, el empleo de importantes recursos para tales fines.

La parte central que en la civilización moderna corresponde a las ciencias y técnicas y a las demás manifestaciones de la cultura, impone una atención máxima a estos sectores. Tanto vale decir que impone un sacrificio a la

colectividad para dotarlos de recursos que deben ser extraídos de la renta nacional. En la misma medida en que Latinoamérica no podrá hacer su capitalización básica a través de un sistema de exacción imperial como hicieron las grandes potencias del planeta en el mundo llamado capitalista, debiendo por lo tanto recurrir para su despegue a las posibilidades de su trabajo, y en la misma medida en que esto no será practicable sin la participación del orbe cultural —y dentro de él, universitario— para poder alcanzar velozmente el estado de las mayores civilizaciones existentes, todo auténtico desarrollo regional deberá pasar por una cuantiosa inversión de recursos económicos en las ciencias básicas, en la investigación cultural y en la educación.

Recíprocamente, los intelectuales de América Latina deberán comprender el grado de sacrificio nacional para corresponder a él. Con esto se apunta a su responsabilidad respecto al país a que pertenecen, a las obligaciones y deberes con las sociedades que los han formado, a la participación en una ideología que estatuya para el intelectual una mayor integración en el destino y los problemas de su pueblo. Sólo así serán legítimos miembros de esta aventura histórica y sólo así podrán rechazar la atracción que espejea en los centros ya desarrollados para asociarlos a su avance.

Uno de los problemas más graves en la actual cultura latinoamericana es la fuga de intelectuales, absorbidos por millares en los centros más ricos, especialmente en los Estados Unidos. En el campo de las ciencias está provocando pérdidas irreparables. El problema es complejo y no tiene una sola causa. La conducta de las autoridades políticas de algunos países —Brasil y Argentina en primer término— ha propiciado esa fuga; en otros casos la incorrecta evaluación de la importancia de su labor ha conducido a los gobiernos a retacear los créditos para los centros de investigadores, forzándolos a la inercia como primer paso, y luego al alejamiento del país buscando dónde ejercer una vocación y una capacidad; en muchos casos el estancamiento de las sociedades latinoamericanas se ha traducido en la total falta de oportunidades creativas para sus intelectuales quienes, antes que frustrarse, han preferido salir al encuentro de ambientes más propicios.

Entendemos que son estas las causas principales de la fuga de intelectuales, aunque no ignoramos que una cuota, que nos atreveríamos a considerar mucho menor, se debe a la falta de solidaridad con el cuerpo social que los ha formado, al ansia de mejores situaciones personales y a la incomprensión del papel fundamental que deben cumplir en la liberación cultural y económica de sus propios pueblos a los que deben en buena parte el nivel técnico que han logrado. Pero en la gran mayoría de los casos, los responsables de esta fuga son las autoridades políticas ya directamente por su acción represiva, ya indirectamente por su incapacidad para promover el desarrollo soberano de las nacionalidades.

Cabe a las universidades instruir de la gravedad del punto y de las soluciones para disminuir esta pérdida. Pero cabe también tener clara conciencia que sólo sociedades dinámicas y soberanas, en pleno desarrollo, podrán retener, recuperar y ampliar sus recursos intelectuales. De tal modo que la solución radical del problema vuelve a remitirnos a un cambio de fondo en las circunstancias económicas, políticas y sociales de los países del continente.

En las actuales condiciones, sin embargo, puede y debe fomentarse una educación de estudiantes y profesores, de especialistas y técnicos, que evidencie las necesidades nacionales y regionales, la necesaria contribución —bajo diver-

sas formas-- a esas tareas, y los consabidos sacrificios. Simultáneamente puede ser eficaz la coordinación de centros universitarios de distintos países, tan reclamada para múltiples proyectos comunes de desarrollo, encarando un programa de mutua ayuda regional respecto a la utilización de los recursos intelectuales.

---

Este planteo general ha tenido en cuenta esos dos vastos sectores de la cultura que acostumbramos deslindar bajo el rótulo de ciencia y humanidades, o ciencias de la naturaleza y ciencias del hombre, para distinguir, de modo grueso, las que se ejercen sobre el universo natural y las que se aplican a las aportaciones de la sociedad humana. Ambos sectores participan de preocupación comunes, pero también revelan problemas específicos.

Dentro del segundo sector, una situación especial ocupan las letras y las artes. En primer término porque no son afectadas de modo directo y agobiante por los grados del subdesarrollo si es evidente que un nivel muy inferior no parece propicio a las grandes creaciones literarias o artísticas, también resulta evidente que el retraso industrial o técnico de una sociedad no dificulta la expansión de una gran literatura. Sirvan de testimonio las aportaciones en el campo de la poesía, pintura o escultura de pueblos técnicamente muy primitivos; y, para encarar nuestra situación actual, la notable eclosión de la narrativa hispanoamericana en el último decenio que sigue de cerca a la contribución de los poetas mayores. En segundo término debe anotarse que estas creaciones están vinculadas de modo muy estrecho con la totalidad del conglomerado social: el manejo de la lengua, que es la más alta elaboración cultural de un pueblo, los asuntos y las formas de estas obras literarias recogen las aspiraciones y los problemas centrales de las comunidades de nuestro continente.

En este rubro el problema no está en las posibilidades creativas que estimamos potencialmente superiores, sino en la situación del agente creador y en la del público al que se dirige porque aunque hipotéticamente sea el universal, soterradamente es el cercano y de su propia lengua. La desatención hacia el creador es una tradición tenaz de Latinoamérica: se le dispensan a veces laureles y honores pero no se le asegura la comunicación con su público frustrando así su vertebral vocación. En algunos casos el creador es un paria social; en otros un entenado; en otros un enemigo; en los mejores casos un hombre tolerado con desconfianza. Esta conducta no es exclusivo patrimonio de los centros oficiales; también es propia de las universidades en la medida en que se concentraron en la preparación de profesionales y abandonaron todo el resto de la creatividad cultural del medio, mostrándose incapaces para otorgar un lugar dentro de ellas al escritor o al artista. Los intentos recientes señalan un cambio de orientación que todavía no ha alcanzado un punto óptimo y que a la vez sigue generando el recelo de los núcleos universitarios tradicionales. Sin embargo, es y será obligación de las universidades llamar a los creadores y concederles una parte grande dentro de su estructura aunque ello acarree alteraciones de la rígida organización profesionalista que le conocemos.

Mientras tanto, el intelectual y el artista cumplen en Latinoamérica un importante papel: son intérpretes espontáneos de sus sociedades, son generadores de ideales, imágenes nacionales, sentimientos sociales, visiones finalistas

del mundo, son propiciadores de la identidad nacional. Y esto, tanto en sus escritos o cuadros, como en su inserción en los instrumentos de comunicación de masas que los han venido tomando a su servicio, donde su más alta vocación se enturbia. Abandonados a sus solas fuerzas, característicamente individualistas, carentes de organizaciones que los vinculen y ayuden, reclamados como asalariados por los consorcios que rigen los medios de comunicación, los intelectuales han padecido, más que otros grupos sociales, de la desorientación cultural latinoamericana, de la falta de una política cultural coherente para la región, de la inserción norteamericana en su área.

A través de fundaciones y programas educativos expansivos, los Estados Unidos les han asegurado a muchos situaciones económicas favorables, manejando diversas herramientas: reuniones internacionales, becas, pensiones de trabajo, contratación de derechos. Propuestas muy superiores a las que encuentran en su propio medio y que han servido para comprometerlos en algunas comodidades de la civilización norteamericana, restringiendo o neutralizando su acción positiva a favor de los intereses latinoamericanos. No se puede decir que se transformen en enemigos de sus sociedades, pero al menos se ven obligados a una silenciosa convalidación del *statu quo* que a la larga concluye en explícita defensa del dominador.

En la misma línea la penetración norteamericana se ha singularizado por la compra o el financiamiento de actividades culturales dentro del campo latinoamericano: diarios, revistas, centros artísticos han recibido importantes fondos, algunos procedentes directamente de la CIA. Se ha buscado apoyar a los sectores liberales dentro de una política que dice no reclamar compromisos ulteriores, sólo movida por los intereses culturales, pero que en los hechos es sutilmente esterilizadora de los fermentos radicales o transformadores del continente que manejan los intelectuales. Es posible pensar que se trata de un movimiento planificado para obtener el beneplácito cuando no la servicial colaboración de las élites latinoamericanas, vista la incidencia que todavía a ellas les cabe como orientadoras del cuerpo social.

Respecto a las creaciones artísticas, específicamente, la influencia norteamericana muestra la doble faz ya indicada: por una parte contribuye a destruir los valores remanentes de la cultura tradicional, sus formas anquilosadas y conservadoras, robusteciendo en cambio las tendencias modernas que surgen en las ciudades, pero al mismo tiempo subvierte la relación más profunda del creador y su medio por cuanto tiende a arrancarlo a él y a absorberlo en los estilos y escuelas norteamericanos que son la expresión del estado particularmente tormentoso de esa cultura en sus formas literaria o artística presentes. Por lo tanto, si bien dota de elementos renovadores obvios, separa a los creadores del contexto enriquecedor que les presta el marco social e histórico en que se han formado y tiende a homologarlos dentro de las escuelas norteamericanas que son la expresión artística del estado social e histórico de ese país.

Respecto al público consumidor de arte y literatura la situación es más grave. El masivo analfabetismo, el bajo nivel educativo, la carencia de una política de difusión cultural eficaz y dinámica, provocan el aislamiento del creador. Sólo actúa en pequeños círculos urbanos y no alcanza la comunicación con su sociedad que estimamos proficua para ambas partes. La interacción de estos dos elementos —creador y público— no se produce: por lo mismo se desvirtúa la estructura cultural y se disminuye la eventual creación de obras que interpreten hondamente a Latinoamérica. Ni la literatura ni el arte son



meramente series de obras y cuadros, sino un complejo socio-cultural con múltiples respuestas y comunicaciones a través del cual se expresan los hombres de una comunidad. La autonomía cultural que buscamos, cuando se aplica a este sector, no se limita a reclamar niveles de eficiencia artística, que en muchos casos ya están logrados, sino a constituir una estructura donde el creador, la obra y el público se interrelacionen, recojan así la tradición secular latinoamericana, inventen nuevas imágenes nacionales o regionales, puedan elevarse a las visiones arquetípicas, válidas para todos los hombres, generen ideales formativos de tipo superior. Sólo mediante el desarrollo de esta estructura intercomunicante las letras y las artes —que son las disciplinas que recogen el mayor esfuerzo autónomo y original del continente— centuplicarán su eficacia y robustecerán su funcionamiento positivo.

Para contribuir a tal fin resultaría oportuno que los organismos culturales universitarios encararan la incorporación de medios de comunicación masivos a sus instrumentos de trabajo, llamando a colaborar a escritores y artistas. Uno de los hechos trágicos de la cultura universitaria actual es la disminución de su incidencia sobre el medio, al quedar superados sus típicos canales de comunicación —las aulas, los textos, los laboratorios— por los que ha aportado la tecnología moderna. Si hubo una época en que la Universidad determinaba la línea orientadora de la comunidad, eso ya ha desaparecido: parcialmente la escuela primaria y sobre todo los diarios, el cine, la radio, la televisión —casi todos éstos en manos de consorcios comerciales de influencia norteamericana— son quienes determinan las orientaciones del público masivo.

La Universidad debe reexaminar esta situación. La radio propia, el canal de televisión propio, los organismos cinematográficos destinados a preparar documentales, el montaje de una editorial de amplia circulación popular, son ingredientes indispensables para que retome su papel protagónico en la sociedad y para que contribuya a la defensa de los ideales nacionales, en la medida en que no esté enfeudada a los intereses extranjeros. Estos organismos, a los cuales algunos centros docentes ya han sumado los conservatorios de música y danza, las compañías teatrales, etc., permitirían atraer a los escritores y artistas quienes carecen de ellos y a la vez de la posibilidad de comunicarse libremente con la mayoría de sus conciudadanos.

Estas actividades no deben quedar limitadas a un solo país sino que conviene buscar una colaboración sobre bases igualitarias. Así, el mayor intercambio de profesores y alumnos, la realización periódica de seminarios de estudios sobre problemas culturales, sociales y científicos regionales, los proyectos editoriales comunes, pueden resultar beneficiados por una planificación conjunta. La publicación de revistas interuniversitarias, la unificación racional de libros de textos, sobre todo en historia, complementadas por el máximo esfuerzo para llevar la cultura a todas las clases sociales, deberán ser preocupaciones constantes de las universidades latinoamericanas.

---

En el aspecto científico los esfuerzos más eficaces a irse cumpliendo serían, en primer término, la unificación de los currículos de las carreras científicas, en especial de las ciencias básicas; la creación de la licenciatura (o grado equivalente) y el Doctorado en las ciencias básicas en forma unificada para todos los países de Latinoamérica podría ser la meta final. Para ponerla en marcha se podría comenzar por acuerdos bilaterales entre universidades de

similar grado de desarrollo, que se irían ampliando progresivamente. Claro está que esta clase de convenios se ve actualmente obstaculizada por la situación de las Universidades de algunos países dada su falta de autonomía y su dependencia de regímenes antipopulares. Siempre puede, sin embargo, intentarse con aquellas universidades que conservan aún su régimen autónomo.

Debe acrecentarse la colaboración entre universidades estableciendo centros comunes a varias de ellas cuando un Instituto o Departamento haya alcanzado un nivel adecuado, pasando entonces a ser un centro interuniversitario. Los títulos o certificados de estudio discernidos por este centro serían de validez general. No se nos escapa que uno de los escollos más importantes que se presentarán en esta labor de verdadera integración latinoamericana será el distinto nivel de desarrollo a que han llegado las variadas ramas de las diversas disciplinas en los diferentes países; sin embargo, no hay duda que en los últimos años hay una voluntad y un esfuerzo, en la mayoría de ellos, por desarrollar capacidad científica en el auténtico sentido de creación en investigación científica original, también es cierto que esta voluntad y este esfuerzo en ninguno ha alcanzado un grado suficiente abarcando todas las disciplinas a un nivel satisfactorio; en casi todos ellos algunas ramas lo han alcanzado y otras han quedado más o menos postergadas. La colaboración que pretendemos establecer hará posible complementar el desarrollo de ciertas ciencias de un país con aquéllas de otro que estén más avanzadas; es un hecho conocido que este tipo de colaboración mejora de modo importante el nivel de ambas disciplinas científicas.

En la misma orientación propugnamos la multiplicación de las becas para postgrado destinadas a centros científicos dentro de América Latina. Por un natural y muy justificado interés los jóvenes aspiran, casi sin excepción, a ampliar sus conocimientos en los grandes centros científicos de los Estados Unidos y Europa. Nos parece eso muy bien y no debe entorpecerse y sí, al contrario, facilitarse esa tendencia. Lo que pretendemos es que se destine una suma importante para becas destinadas a centros de alto nivel (cuando los haya) en otros países latinoamericanos, lo que no impide que, posteriormente, concurren a los grandes centros europeos o estadounidenses.

Otra de las rutas hacia la integración está en la publicación de revistas científicas de carácter latinoamericano en las diversas disciplinas. Este es un aspecto del esfuerzo editorial conjunto que deberá afrontar Latinoamérica en todos los campos. Ya hay revistas científicas en ciertas disciplinas, algunas que, lamentablemente, no se han desarrollado como era de desear, debido, sobre todo, a factores económicos y, en algunos casos a celos o rivalidades localistas. Estas absurdas posiciones han trabado de modo importante el buen desarrollo de excelentes iniciativas y contra ellos habrá que mantener una permanente vigilancia porque son un riesgo real e importante.

Es también importante la creación de sociedades científicas latinoamericanas en todas las disciplinas que hayan alcanzado nivel adecuado; estas sociedades mantendrán seccionales de cada país, o regionales según convenga, pero debe entenderse a la central como la verdadera sociedad y a las demás como subsidiarias.

Como un proyecto de real importancia consideramos la posibilidad de que se establezcan planes de investigación de conjunto, ya sea porque hay un interés regional en el tema a estudiar o porque el mismo asunto o un tema relacionado están siendo motivo de investigación por dos o más centros la-

tinoamericanos En ese caso se buscará la colaboración recíproca mediante intercambio de información, discusión de proyectos en marcha y distribución de tareas en común.

Sería imperdonable concluir estas "Proposiciones sobre política cultural autónoma latinoamericana" sin referimos explícitamente a uno de los principales temas de la ardiente polémica intelectual de nuestro continente. Aunque a lo largo de este trabajo se lo enunció más de una vez, cabe repetir que una política cultural autónoma cabal es impensable sin una política y una economía autónoma, sin una transformación honda de la estructura social, sin una profunda revolución de todos los órganos de la vida latinoamericana mediante la cual se obtenga la plena y siempre postergada soberanía. Los intelectuales de América Latina se mueven entre la expectativa incentivada de esa transformación que deparará las bases seguras para construir el necesario, ansiado edificio de una gran cultura propia, y la obligación de cumplir simultáneamente y en las actuales y perjudiciales condiciones, la lucha para preservar los más altos valores de la cultura, ampliar su radio a los más y preservarlos de dañinas deformaciones. Entendemos que son distintos tiempos y distintas circunstancias de una misma lucha: ni la expectativa y la contribución a la batalla central por la soberanía nos puede provocar el desinterés por el hoy y el aquí de los problemas de la cultura haciéndonos abandonar todo intento de progreso y esclarecimiento, ni la preocupación por los asuntos inmediatos, por las soluciones fatalmente parciales o de corto plazo nos puede obnubilar respecto a que la clave de este hoy y aquí está en la gran batalla que esperamos

No habrá desarrollo, no habrá cultura autónoma, no habrá florecimiento de la vida cultural, si la sociedad latinoamericana no se transforma. Pensando en ese futuro ofrecemos esta contribución crítica sobre nuestro presente.

